

134

cultura s

El desafío de Ruedo Ibérico

La editorial Ruedo Ibérico fue un punto de referencia antifranquista, en el exilio y en el interior. Pero en la transición desapareció. Por ello recuperamos sus razones **PÁGINA 2**

Escrituras:
La inquietante feminidad

En sendos ensayos, Pilar Pedraza y Núria Bou rastrean los espectros de las heroínas en el cine **PÁGINA 6**

Documental:
Arqueología de Bucarest

El fotógrafo rumano Mihail Moldoveanu recorre su ciudad natal, sin leyenda ni lejano esplendor **PÁGINA 16**

Espacios:
Intimidad en los puentes

La escritora Patricia de Souza narra su experiencia vital en los puentes de París como lugares de ficción **PÁGINA 21**

Pantallas:
Las imágenes del dolor accidental

La catástrofe del Sudeste Asiático nos obliga a repensar la representación del dolor ajeno **PÁGINA 24**

La editorial Ruedo Ibérico, fundada en 1961 en París, creó un espacio ético de lucha contra el franquismo, abierto al pensamiento crítico disidente de las organizaciones políticas tradicionales. Sus ediciones fueron un punto de referencia, en el exilio y en el interior, y un puente entre la intelectualidad de dentro y de fuera del país. Tras la muerte de Franco, el intento de establecerse en España fracasó. Eran años de transición y muchas iniciativas fundamentales en la lucha contra la dictadura fueron arrinconadas. Queda por recuperar el valor de aquel desafío y analizar las causas de su desaparición

Los excluidos de la transición

JOAN MARTÍNEZ ALIER

Mi relación con la editorial Ruedo Ibérico empezó en 1965, cuando yo tenía 25 años y acababa mi tesis sobre el latifundismo en la campiña de Córdoba que escribía en Oxford, desde donde hacía viajes a Andalucía. Pasaba por París y entraba en La Joie de Lire, la librería de Maspero, donde estaban los primeros libros de Ruedo Ibérico. Ya en el número 13 de los *Cuadernos de Ruedo Ibérico* (CRI), dedicado a la agricultura, tanto José Manuel Naredo (a quien no conocía aún personalmente) como yo publicamos artículos. Colaboré a distancia con Ruedo Ibérico de 1965 a 1974 y en 1974-75 pasé seis meses en la editorial en París. Fue un tiempo divertido y de gran actividad. Fue cuando coeditamos el libro de la *Operación Ogro*.

Los libros de Ruedo Ibérico eran diversos. Muchos eran de historia de España de autores liberales o de izquierda, que aquí no se podían publicar, eran también memorias de anarquistas (Mera, García Oliver y otros) o de militantes del POUM, y fueron, cada vez más, libros de actualidad en las postrimerías del franquismo (el proceso de Burgos, el Opus Dei, la ACNP, el dominio adquirido por el Partido Comunista sobre Comisiones Obreras y tantos otros temas). Así, hasta unos doscientos libros y muchas reediciones en veinte años. Además los *Cuadernos*, cuyas caricaturas se burlaban de Franco, también de Fraga y de Juan Carlos. Algunos decían que Ruedo Ibérico no tenía una línea concreta. A su director, Pepe Martínez, eso no le importaba. La intención era publicar lo que no se podía publicar en el interior, ilustrar a los jóvenes. Pepe Martínez había hecho y perdido la Guerra Civil a los 17 años, había estado en la cárcel, se había exilado a París en 1947, había sido anarquista de joven y lo fue activamente otra vez de mayor. Murió casi abandonado y de muy mal humor en 1986, el día



José Martínez, editor de Ruedo Ibérico

ARCHIVO

No es cierto que la transición les pareciera bien a todos; la mayoría del antifranquismo se acomodó, pero otros, los menos, quedaron fuera

del referéndum de la Otan. La editorial había dejado de existir seis años antes. Sus archivos están en el Instituto de Historia Social de Amsterdam.

Volviendo al 1966. Naredo era entonces un economista de 24 años, que hacía un *stage* en la OCDE. Él también entró en el grupo de Ruedo Ibérico. Pepe Martínez sabía historias que nadie nos había contado, además era un exilado que no sólo hablaba sino que hacía algo práctico. Pocos años más tarde Naredo y yo conocimos a Elena Romo, a Nicolás Sánchez-Albornoz, a Ramón Viladás, que con Vicente Gírbau y Pepe Martínez habían fundado la editorial en 1960. También a Barbara Probst, de visita en Francia. También a Marianne Brull, secretaria y compañera de Pepe Martínez, que vive ahora en Barcelona. Podemos decir que Naredo y yo fuimos de la segunda ola. Naredo fue durante doce años un elemento importante de los *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, ayudando a coordinar lo que se escribía desde Madrid por economistas como Juan Muñoz (mas tarde vicepresidente del Congreso), Arturo Cabello, Leguina y otros. Naredo siempre usó seudónimo, era funcionario y casi siempre vivía en Madrid. A partir de 1973 Naredo y yo ayudamos a Pepe Martínez a sacar los últimos veinticinco números de los *Cuadernos*, al final ya en Barcelona. Juan Goytisolo continuó enviando ensayos propios y de otros autores en su papel de asesor de temas de literatura, y se convirtió en el autor más habitual de los *Cuadernos* a lo largo de su historia. El segundo creo que fui yo. Pero la nómina de quienes escribieron es muy amplia. Algunos, como Alfonso Sastre o Paco Letamendia pertenecen a los innombrables, otros han sido ministros.

Desde 1974, con Naredo y conmigo, con Francisco Carrasquer y Carlos Peregrín Otero, el contenido de la revista se hizo ya bastante ecologista y anarquista. A Pepe Martínez le desesperaba la lentitud de la redacción de los artículos y la falta de suscriptores (aunque CRI llegaba a bastantes bibliotecas del mundo). Pero en cuanto al contenido estaba de acuerdo con nosotros. Él mismo, con el seudónimo Felipe Orero (nombre de un tío materno suyo fusilado por los franquistas), escribió artículos de doctrina anarquista. Los colaboradores iniciales de *Cuadernos* más conocidos, Jorge Semprún y Fernando Claudín, dejaron Ruedo Ibérico. Se preparaban para su trayectoria posterior, lo mismo que tantos otros que iban a circular en la órbita del diario *El País* y se preparaban a gozar de las delicias de la transición. Nosotros, por el contrario, con pleno apoyo de Pepe Martínez, estábamos disconformes con la transición que se preparaba.

Las 'grandes rebajas'

En los *Cuadernos*, entre 1974 y 1978 atacamos la *reconciliación nacional*, no desde luego porque quisiéramos otra guerra sino porque permitía dar una salida fácil a los franquistas. Nos preguntamos: “¿Quién amnistiará a los amnistiados?” Resultó que se amnistiaron ellos mismos. Protestamos por las *grandes rebajas* de la oposición política y pedimos “una oposición que se oponga” (título del número 54 de CRI). Analizamos los gobiernos de Suárez (con mucha presencia directa de empresarios y banqueros, y de políticos de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, es decir, los herederos de Herrera Oria y Martín Artajo, a saber, Osorio, Lavilla, Oreja). El Partido Comunista empujaba a la reconciliación con los postfranquistas, el Partido Socialista, que apenas había existido durante los años 1960-1970, aprovechó el empujón para correrse más a la

Entrevista a Juan Goytisolo

“Cuestionábamos el socialismo real”

XAVIER MONTANYÀ

El 2 de abril de 1964, el semanario francés *L'Express* publicaba el artículo de Juan Goytisolo *On ne meurt plus à Madrid*, uno de los argumentos que utilizaría la cúpula del PCE para expulsar de su Comité Central a Jorge Semprún y Fernando Claudín. Un año después, nacía en París la revista *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, una iniciativa del editor José Martínez, director desde 1961 de la editorial Ruedo Ibérico. En el primer número, Martínez y Semprún la definían como un medio “radicalmente libre y radicalmente riguroso: nada más, pero nada menos”. Este espacio de reflexión política y cultural heterodoxo estuvo abierto a todos los sectores del antifranquismo y del pensamiento crítico del exilio y del interior.

¿Cómo vivió el asunto de la expulsión de Semprún y Claudín del PCE?

Se había ido dando un decantamiento en los posicionamientos ideológicos de ciertos militantes de la cúpula del partido. Yo no era militante. Este proceso coincidió, con total inocencia por mi parte, con la publicación de mi artículo, en el que defendía la tesis que el régimen no iba a caer por el ataque conjunto de las fuerzas revolucionarias, sino por efecto de la dinámica económico-social. Semprún y Claudín, pese a que no compartían en su totalidad mis argumentos, conocían el artículo, y yo así se lo comuniqué a un emisario del partido que me visitó para preguntarme sobre ello. El proceso de expulsión fue muy largo. Incluso Santiago Carrillo, en un acto en la *banlieu* de París, afirmó que los revisionistas emboscados en las filas del partido podrían en adelante expresarse en las páginas de *L'Express* pero no en las de *Realidad*. Yo recibí ataques feroces en la prensa, y decidí no escribir más de política, actitud que mantuve hasta la agonía de Franco.

¿Cuál fue su vinculación a ‘Cuadernos de Ruedo Ibérico’?

Yo no fui fundador. Al cabo de un año de su existencia, José Martínez me ofreció participar como asesor literario y acepté encantado puesto que me parecía una iniciativa muy interesante y necesaria ya que era una plataforma cultural abierta. Recuerdo que recibí una carta de Manuel Tuñón de Lara aconsejándome que no participara, pero yo ya no hacía caso a ninguna orientación que pudiera llegarme del PCE.

La editorial y la revista se enfrentaron a los mitos de la derecha y la izquierda. ¿Cuáles fueron sus principales logros? Se consiguió ampliar el campo de discusión, era necesaria la creación de tribunas libres donde pudieran convivir distintos puntos de vista y donde los escritores y pensadores pudieran expresarse con completa libertad. Ruedo Ibérico jugó un papel clave en la formación de mucha gente en el tardofranquismo, desde mayo del 68 hasta la muerte de Franco.

¿Qué mitos contribuyeron a poner en duda?

Sobre todo cuestionábamos la idea del socialismo real. Además, la colaboración entre gente del exilio y del interior fue la afirmación de que en España se estaba gestando algo nuevo.

¿La oposición antifranquista tradicional del exilio no veía cómo era la España real?

El lenguaje de la oposición se refería a una España que ya no era la de los años sesenta. En gran parte, no se daban cuenta de lo que estaba sucediendo en realidad, como queda reflejado en mi libro *El furgón de cola*, publicado por Ruedo Ibérico. Había entre dos y tres millones de emigrantes económicos españoles trabajando en Europa, y además apareció el fenómeno del turismo. Estos cambios no sólo aportaron novedades a la economía del país, sino que también introdujeron modificaciones en el aspecto social y cultural. Todo ello coincidió con el ascenso al poder de los tecnócratas del Opus Dei. Ellos fueron nuestros calvinistas. Contribuyeron a exculpar el complejo de culpabilidad tradicional que tenía la iglesia católica respecto al dinero. El Opus Dei parecía actuar bajo el lema “Por el dinero, hacia Dios”. En este sentido, hay que reconocer que lo hicieron bien.

¿Qué temas silenciados hizo resurgir Ruedo Ibérico?

Fue muy importante tender un puente entre el interior y el exilio. Se publicaron muchos autores republicanos que habían quedado marginados o condenados al olvido como Max Aub, José Bergamín o Tomás Segovia. Y también a los

“La colaboración entre el exilio y el interior fue la afirmación de que se estaba gestando algo nuevo”

hispanistas liberales o izquierdistas que estaban en EE.UU., como Julio Rodríguez Puértolas o Vicente Llorens.

¿Por qué la izquierda antifranquista abandonó a José Martínez tras la muerte de Franco?

Ya era más fácil publicar en España. Se fundaron muchas editoriales, con mayor capacidad económica que Ruedo Ibérico. Sus autores lo abandonaron, se produjo una deserción general. Fue una gran injusticia con José Martínez, una persona de gran honradez y coherencia política y moral. Aunque quizás él tardó en volver e intentar instalarse aquí. Debería haber llegado un año antes, aprovechando las oportunidades de 1976.

¿El proyecto de Ruedo Ibérico sufrió también entonces un rechazo ideológico, político?

No. Tras la llegada de Suárez al gobierno los políticos e intelectuales dejaron de mirar a París y lo publicado allí pasó a un segundo plano. Los antifranquistas preferían leer *Triunfo*, *Hermano Lobo*, *El Viejo Topo* o *El País*. >

derecha con sus nuevos líderes. La resistencia al franquismo se rompió. Nosotros quedamos fuera.

Pepe Martínez estuvo dos años sin decidirse a traer la editorial a España y al final escogió Barcelona (cuando ya Tarradellas estaba aquí, un viejo amigo personal del exilio). En los primeros meses o años tras la muerte de Franco no tenía pasaporte y temía ser detenido al llegar a España. Después, todos tuvimos temor a la violencia si abríamos aquí una editorial y una librería. En París, en la librería de Ruedo Ibérico de la calle de Latran alguien puso una bomba en octubre del 1974. Típica historia: no se sabe aún hoy exactamente quién fue, cómo se llamaba, quién le mandó hacerlo. Lo más probable es que fueran policías españoles. Seguramente a estas alturas quienes pusieron la bomba se habrán ya jubilado o estarán por hacerlo después de haber servido a la democracia con la misma profesionalidad que sirvieron a la dictadura. Tendrán una pensión del Estado español. Pepe Martínez no tuvo pensión española. A él le ayudaron al final económicamente sus amigos italianos, a quienes conocía de empresas editoriales. Y un poco, muy poco, nosotros sus amigos ibéricos.

La transición política española fue una transición excluyente. No es verdad que a todos los que habían estado en la resistencia la transición les pareciera bien. Ciertamente, la mayor parte de la

Ruedo Ibérico atacó la ‘reconciliación nacional’ porque permitía dar una salida fácil a los franquistas

resistencia al franquismo se acomodó rápidamente (excepto en Euskadi) a la nueva situación. Otros, los menos, quedaron fuera. Por ejemplo, entre quienes se habían jugado la vida entrando en la Unión Militar Democrática, algunos acabaron de diputados socialistas, otros fueron olvidados y dejados de lado. Por ejemplo, quienes intentaron reconstruir la CNT en Catalunya tuvieron inicialmente un cierto eco en su oposición al Pacto de la Moncloa (contra el que despotricamos en los *Cuadernos* de la última época). Pero la CNT casi desapareció tras el atentado a Scala en enero de 1978, en el que participó un agente provocador llamado Gambín, cuando Martín Villa (demócrata de toda la vida) era ministro del Interior.

El ninguneo social y político que recibió Pepe Martínez era esperado pero le dolió mucho, él había estado exilado treinta años, no tenía ya su vida profesional por delante. El había hecho algo notable por la cultura española y contra el franquismo. No se le reconoció en vida, no fuera que al salir en los diarios o en la tele dijera algo inconveniente. Ahora han pasado muchos años más desde su muerte y más aún desde que la editorial Ruedo Ibérico desapareció. Treinta años de retraso son ya muchos para que nadie se atreviera a recoger en nombre de Ruedo Ibérico premios de las autoridades estatales ni elogios de los monopolistas de la cultura. Premios o elogios que les laven la mala conciencia, si la tienen. Fraga (que como ministro de cultura franquista se molestaba mucho con Ruedo Ibérico) ganó su puesto en la transición política democrática española, nada menos que como fundador del PP, partido de gobierno. Ruedo Ibérico quedó fuera, excluidos de la transición. El caso Ruedo Ibérico es uno más tan sólo. Así fue. No tiene ya remedio. |

Joan Martínez Alíer es catedrático de Economía e Historia Económica de la Universitat Autònoma de Barcelona. Miembro del Comité Científico de la Agencia Europea de Medio Ambiente y Presidente de la International Society for Ecological Economics

Ruedo Ibérico: un desafío intelectual

FUNDACIÓN LUIS SEOANE A CORUÑA

La exposición, organizada por la Residencia de Estudiantes, permanecerá en A Coruña hasta el 6 de marzo, luego irá a la Biblioteca Valenciana de Valencia hasta mayo

Información sobre la editorial en www.ruedoiberico.org

En las imágenes, diversas portadas de libros editados por Ruedo Ibérico y de algunos ejemplares de la revista ‘Cuadernos de Ruedo Ibérico’



> **¿El estilo y la filosofía de Ruedo Ibérico chocó con el pragmatismo que se imponía en la transición?**

En un principio no, pues en los primeros años de la transición había gran confusión. Existían espacios y alternativas muy heterogéneas. Estaba el FRAP y la izquierda comunista revolucionaria, o los grupos libertarios. Había intereses muy diversos. Como fermento, había posibilidades. En realidad había espacios más libres que en los años ochenta.

¿Qué sucedió en los ochenta?

La llegada del PSOE al poder encauzó el debate político al campo del posibilismo. Ello tuvo efectos positivos y negativos. La libertad de opinión se vio muy reducida en la práctica. Lo que no convenía decir, quedó al margen.

“Hubo memoricidio en el franquismo, y en la transición amnesia premeditada; pero nos vamos recuperando”

Ruedo Ibérico nació en el exilio y murió cuando éste acabó. ¿Qué valor tenía y tiene ahora trabajar en la distancia?

Para mí es importante. Ver un país desde la intimidad y, al mismo tiempo, en la distancia, permite una libertad que no tienen los que sólo lo ven desde el interior. Hace poco he publicado un artículo en el que hablo de la República como horizonte posible y, en mi opinión, deseable. Pues bien, ha habido gente que me ha llamado para decirme que eso es lo que muchos piensan. ¿Y por qué no lo dicen? Tengo la sensación de que en España una cosa es lo que se piensa, otra lo que se dice, y otra lo que se escribe.

“memoricidio”. ¿El término es aplicable a España?

Hubo memoricidio durante el franquismo. Se quemaron libros, publicaciones y bibliotecas, como la de Pompeu Fabra en Badalona. En la transición hubo amnesia premeditada y ahora nos estamos recuperando.

¿Por qué parece que la función de crítica pública de los intelectuales se ha ido debilitando con los años?

La hubo en los primeros tiempos, había espacios, como *Triunfo*, y gente dispuesta, pero, poco a poco, fueron desapareciendo. Yo trato temas como el racismo o la inmigración, que a los demás parecen no interesar porque no son oportunos, ni políticamente correctos. A estos intelectuales yo los he denominado “palomos amaestrados” por su docilidad y su rechazo de todo saber que no sea de inmediato rentable. Es triste que no haya voces más discrepantes que animen el debate. A veces, me dicen: “tienes razón, pero ahora no es oportuno plantearlo”. Pues bien, yo prefiero ser inoportuno que oportunista.

¿Qué correcciones sería positivo poner ahora en práctica sobre el sistema político y cultural iniciado en España en 1977?

Yo creo que la transición política ya se ha hecho. Hubo una transición y muchas intransiciones. Ahora es imprescindible llevar a cabo una transición cultural. Es una tarea que está pendiente desde la muerte del dictador. Los poderes fácticos siguen imponiendo una visión de nuestra cultura que es una imagen icónica incapaz de reflejar la riqueza de nuestro pasado. Yo creo que debemos profundizar en nuestra historia y en nuestra cultura, especialmente en

Carlos Pérez es el responsable de exposiciones del Museu Valencià de la Il·lustració i la Modernitat. Ha sido comisario de diversas exposiciones en el IVAM y el Reina Sofía entre otros museos

El contexto artístico

Diseño gráfico y arte político

CARLOS PÉREZ

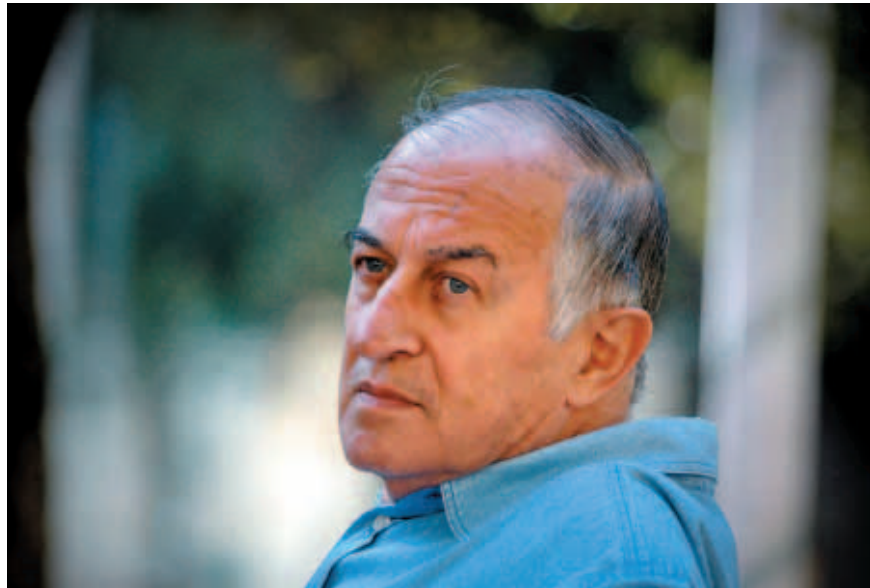
Cuando apareció *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, en 1965, en el arte español se habían originado propuestas figurativas que se ofrecían como alternativa al informalismo. Esta última corriente, al igual que otras tendencias abstractas desarrolladas durante la década de los cincuenta, había sido aceptada e, incluso, había tenido un notable apoyo por parte de los funcionarios culturales del régimen franquista que intentaban dar, cara al exterior, una imagen liberal y moderna de España. Con dos exposiciones en Nueva York, *New Spanish Painting and Sculpture* en el MoMA y *Before Picasso, After Miró* en el Guggenheim, culminó el proceso renovador del arte español, iniciado a finales de los años cuarenta, que había conseguido el renacimiento y reconocimiento de la vanguardia española. Pero al informalismo y al expresionismo abstracto se le iban enfrentando propuestas figurativas coherentes con idearios artísticos que planteaban nuevas formas de hacer, de fácil lectura, y comprometidas con la lucha abierta que distintos estamentos sociales habían organizado contra el franquismo. Así, desde comienzos de los años sesenta, se hizo muy patente el trabajo de los colectivos que integraron Estampa Popular, y aparecieron distintas tendencias que fueron denominadas *nueva figuración* por la crítica. Tales aportaciones figurativas se alejaron, desde los orígenes, de cualquier planteamiento naturalista y se caracterizaron por el uso de lenguajes procedentes del expresionismo –en su línea más clásica y dramática– y del pop-art. Ese proceso dio lugar a trabajos de estilo y calidad plástica, considerablemente muy desiguales y distintos, y partió de una reflexión sobre la función del arte y el artista en la sociedad para producir obras en las que se subrayara el compromiso político, de modo que éstas actuaran como vehículo de contestación, denuncia o testimonio.

En ese momento crítico, en medio de una discusión crispada entre la abstracción y la figuración, aparecieron los *Cuadernos* dirigidos por José Martínez Guerricabeitia. Las ilustraciones y viñetas de *Cuadernos de Ruedo Ibérico* reflejaron, con bastante fidelidad, la evolución –y el debate– del arte español en los años sesenta. En la maqueta de la revista tuvieron cabida tanto las propuestas abstractas, ya consolidadas, y también la emergente figuración que, como se ha comentado, buscaba un lenguaje plástico directo, dirigido a una mayoría de público y con un claro cometido político. Parece pues lógico que, en los dos primeros números, el acento gráfico lo pusieran Antonio Saura y Manuel Millares, los dos pintores –junto a Antoni Tàpies– más importantes de aquel momento, de reconocida posición antifranquista, cuya obra había alcanzado una gran difusión internacional. Posteriormente, se fueron incorporando otros artistas, adscritos a la figuración, que incidieron en la caricatura y en la crítica social, adecuando sus dibujos al contenido de la publicación. Sobre aquella clase de trabajos, resulta muy significativa la

producción de José María Gorrís –uno de los artistas que más colaboró en los *Cuadernos*, de manera anónima o con el seudónimo Ges– que, sin dejar de experimentar en torno a la abstracción, realizó para la revista una serie de ilustraciones figurativas relacionadas con la cultura popular y la caricatura política tradicional.

La propuesta figurativa de carácter político, planteada por algunos artistas que militaban en partidos de izquierda, sería la que acabaría predominando a nivel gráfico en *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, al igual que en los panfletos, en las revistas universitarias, en los carteles o en las cubiertas de libros que se dirigían contra el régimen franquista. Del mismo modo, las caricaturas y los chistes –de Cur, Geordie, Iñigo, Vasco o Vázquez de Sola– se situaron en una línea de crítica despiadada contra un régimen político que cercenaba, sistemáticamente, libertades y derechos.

Otros artistas que colaboraron en la revista, como Úrculo, Novoa y Carlos Mensa optaron también por la vertiente figurativa utilizada por la mayoría de miembros de Estampa Popular, en la que se conjugaron las formas del expresionismo clásico con los hallazgos del expresionismo abstracto para subrayar



Juan Goytisolo

JOSÉ MARÍA ALGUERSUARI

¿Cuál ha sido el coste político de la transición española?

Yo estoy de acuerdo en cómo se hizo. No se podía plantear todo inmediatamente después de la muerte del dictador. Fue necesario esperar un tiempo. Las cosas no estuvieron claras hasta el *tejerazo*. Ha sucedido lo mismo en otros países, como en Francia después de Vichy o en Alemania después del nazismo. La prueba está en el proceso de recuperación de la memoria que se está dando actualmente. Es sorprendente que aún queden calles o plazas con el nombre de Franco, y no las haya con el de Azaña.

De todas maneras, tras los nombres hay un sistema de valores.

Por supuesto, y ese sistema de valores es el que hay que recuperar.

En ‘Cuaderno de Sarajevo’ habla de

aquellas zonas que han quedado silenciadas, marginadas, olvidadas.

¿Por ejemplo?

Hay que recuperar todavía a gran parte de los autores del exilio, o el trabajo, por ejemplo, de José Martínez y Ruedo Ibérico, y tantos otros...

Esto supondría un plan a todos los niveles, que afectaría también a los programas de estudio de la enseñanza media y universitaria. ¿Cree que los responsables políticos están en ello?

Tenemos un gobierno que me parece fundamentalmente honesto y esto ya es algo insólito, esperanzador. Tiene el propósito de realizar cambios, y algunas de las reformas emprendidas están muy bien en temas como la laicidad, el aborto, el divorcio, etc... En cuanto a lo cultural, es pronto para decirlo. |

Información y contrainformación

Con la historia auestas

las miserias de una sociedad injusta. En 1972, Carlos Areán, un alto funcionario de la administración franquista, publicó *30 años de arte español. 1940-1970*, un estudio en el que incluyó a todos estos artistas en un capítulo titulado *Decenio de tendencias en lucha (1960-1970)*. A juzgar por el texto –en el que el autor no ahorra comentarios tendenciosos y malintencionados sobre Eduardo Arroyo y Juan Genovés que había publicado dibujos en los *Cuadernos*–, la obra de estos artistas incomodaba sobremanera a un régimen empecinado en dar una imagen de normalidad y perfecta integración en la cultura internacional.

Las páginas de *Cuadernos de Ruedo Ibérico* presentaron asimismo dibujos de José Hernández, un artista de raíces surrealistas cuya obra, un universo de seres monstruosos con los que construía metáforas sobre la vida y la muerte, sintonizaba a nivel temático con las de sus compañeros adscritos al realismo. En la revista se publicaron también trabajos de Posada, Julio Herrera Zapa –nacido en España en 1939 en instalado en La Habana–, Humberto Peña y Ricardo Carpani. Los tres primeros representaban el arte gráfico que se desarrollaba en Cuba, un país donde, en esa época, se aplicaban con heterodoxia las tesis marxistas y, por esa particularidad, era un ejemplo a seguir por todos los partidos de izquierda de cualquier tendencia. Las obras de los artistas cubanos que publicó la revista no tenían el tono político que caracterizaba a las de los españoles. Por el contrario, las ilustraciones del argentino Ricardo Carpani eran una muestra del realismo político elaborado por el artista, basado en la rotundidad y fuerza expresiva del dibujo.

Con la instauración de la democracia, estas tendencias artísticas, estrecha-

La figuración de carácter político acabó predominando a nivel gráfico en 'Cuadernos de Ruedo Ibérico'

mente ligadas a la lucha política, fueron desapareciendo y, consideradas un fenómeno ocasional, su importancia real en la historia del arte español del siglo XX no ha sido investigada en profundidad. Es cierto que aquellos artistas se apartaron de las iniciativas que entonces se planteaban en el panorama internacional, pero elaboraron el revulsivo que el país necesitaba y, en consecuencia, sus trabajos estuvieron más cerca de las fábricas y de las universidades que de las galerías y museos. Así, salvo excepciones –como Eduardo Arroyo, el Equipo Crónica o el Equipo Realidad cuya obra ha sido muy estudiada y motivo de exposiciones individuales y colectivas–, toda aquella producción, realizada en la clandestinidad y conscientemente marginal –fuera del comercio–, hoy parece ser, sólo, un testimonio de los oscuros años de la dictadura, cuando no, una simple anécdota. En el análisis de ese declive –que también afectó de manera determinante a *Cuadernos de Ruedo Ibérico*–, no se debe olvidar que la normalización política supuso también el inicio de la normalización artística, en un país en el que siempre había sido muy compleja la aceptación del arte moderno. Los nuevos museos y galerías, así como algunas iniciativas oficiales, ofrecieron múltiples plataformas y vías para la difusión y desarrollo de la actividad artística, justo en el momento en el que, en el panorama internacional, se ponía en cuestión la definición clásica de arte. |

Aránzazu Sarria

Buil es doctora en Historia Contemporánea por la Universidad de Zaragoza y en Estudios Ibéricos e Hispanoamericanos por la Universidad M. de Montaigne-Bordeaux 3. Dedicó su tesis al estudio de la revista 'Cuadernos de Ruedo Ibérico'

ARÁNZAZU SARRÍA BUIL

Modernización, desarrollo, apertura, liberalización. La historia de España de los años sesenta aparece envuelta en transformaciones esenciales para comprender las últimas décadas del siglo XX. Del lado del poder, un nuevo equipo de gobierno formado en 1962 lleva a Manuel Fraga Iribarne a ocupar el ministerio de Información y Turismo, inaugurando una política de comunicación acorde con la línea aperturista buscada por determinados sectores del régimen. Del lado de la oposición, un nuevo proyecto político e intelectual comienza a fraguarse a finales de 1961 en torno a la creación de la editorial Ruedo Ibérico. Sus primeros pasos en París buscan establecer puentes con la creciente oposición del interior y escapar de la situación esclerotizada en la que se encontraba el exilio español en Francia. Los destinos de ambas iniciativas cuya dimensión resulta obviamente incomparable por el peso y alcance político de las mismas, estaban sin embargo abocados a cruzarse. Un diferente interés por el pasado les hacía compartir un mismo objeto de estudio, la reciente historia de España cuya escritura permitía a los defensores del régimen sentar las bases de la legitimidad del mismo, mientras que para sus detractores se convertía en la fuente esencial capaz de demostrar la ilegitimidad de la dictadura y de cuestionar las claves en las que podía cimentarse su continuidad.

Los caminos de la censura

La creación en 1963 del *Boletín de Orientación Bibliográfica* supuso un instrumento más al servicio del poder para perpetuar el control de la información e impedir la entrada en el país de todo atisbo de espíritu crítico. Coherente con los principios que el régimen franquista había utilizado para fundar su propia historia, pretendía extender su acción a todo aquello que pudiera ser editado fuera de las fronteras y escapar a las prácticas de suspensión o secuestro ministerial reservadas a las publicaciones del interior. Editado por Publicaciones Españolas con una periodicidad mensual, representó una empresa ambiciosa que se autodefinía como informativa por hacerse eco de obras de interés para la patria. Pero además de representar uno de los bastiones de la soberanía informativa detentada por el Ministerio, anhelaba convertirse en “un exponente de las corrientes intelectuales, artísticas y literarias y de su repercusión en el terreno de las ideas.” En definitiva, partía de la idea extendida entre los políticos franquistas de la inmadurez de los españoles para proponer pautas de lectura en las que historia, moral, ensalzamiento y denigramiento se dieran la mano con el fin de construir conciencias acordes con los intereses del régimen. La pretendida liberalización en el ámbito de la edición exigía bifurcar el camino de la censura para seguir ejerciendo su autoridad en la batalla de las ideas.

Precisamente en esta batalla la editorial Ruedo Ibérico cumplió su función de discurso opositor representando una

de las preocupaciones de la política ministerial en materia informativa. La colección *España contemporánea* dirigida por José Martínez inaugura la vida editorial de la empresa desde el convencimiento de sentar las bases de una lectura crítica de la reciente historia del país. La publicación en 1962 de la *Historia de la guerra civil española* del británico Hugh Thomas, tiene el mérito de reunir la necesidad de analizar esa España glorificada por años de exilio y silenciada por la investigación, con el deseo de recuperar el patrimonio y la memoria negada por el vencedor. En adelante, la trayectoria de la editorial se desarrollará consciente de esa sombra acechante para el estudio histórico que suponía la sesgada política de orientación bibliográfica ejercida desde el Ministerio. Por ello su labor buscará contrarrestar los límites informativos, las visiones maniqueas de la historia y las interpretaciones edulcoradas de la razón de ser del franquismo. En la sede parisina cada libro editado tendrá el valor de una batalla ganada aunque la circulación clandestina en España y las dificultades financieras inherentes a la empresa mermaran su capacidad de actuación.

De las 130 obras publicadas por la editorial durante los años de existencia del

ministerio de Información y Turismo, 33 fueron objeto de reseña en su *Boletín* (1963-1976). Bajo un discurso barnizado de talante informativo y apertura se escondía una práctica caracterizada por la deformación de los hechos, al tiempo que introducía una novedad con respecto al silenciamiento y ataque sistemáticos propios de la política cultural de los primeros años del régimen, esto es, la inclusión de elogios y comentarios positivos que intentaban minar el talante opositor de las publicaciones reseñadas. Los estudios sobre la Guerra Civil y el franquismo realizados por historiadores extranjeros y a los que Ruedo Ibérico había brindado sus páginas, suponían una afrenta a los pilares de la historiografía nacional bien representada en algunos de los redactores del *Boletín* como Jesús Salas Larrazábal o Ricardo de la Cierva. Por ello, el tratamiento de las obras de Hugh Thomas, Gabriel Jackson, Herbert R. Southworth, Gerald Brenan, Max Gallo o Jacques Georgel, estaba basado o en la deslegitimación por la supuesta incapacidad de comprender la

Aun con la circulación clandestina en España y las dificultades financieras, cada libro era una batalla ganada

complejidad del carácter español y por ende la esencia del franquismo, o en la acusación de partidismo. Si el terreno de la historia resultaba de acceso restringido, no lo era menos el de la actualidad del régimen ante cuya más mínima crítica se respondía desde el *Boletín* con virulencia. Tal fue la reacción ante la obra colectiva *España Hoy* (1963) o ante la aparición del primer número de la revista *Cuadernos de Ruedo Ibérico* (1965-1979), a las que no se les permitía que introdujeran una imagen ajena al paraíso pintado por los medios estatales ni mucho menos que agrietaran las bases de estabilidad política, prosperidad económica y paz social, sobre las que se había querido cimentar la fachada de la dictadura. Por ello se les niega todo valor intelectual y se les vincula torpemente a la *baza comunista* con objeto de reducir cualquier expresión de pensamiento opositor al histórico enemigo.

No obstante, estas obras representan otro de los méritos de la editorial como fue el de fomentar el debate en el seno de la izquierda y presentar una oposición plural que si bien aparecía abanderada por la lucha antifranquista encerraba el germen de la fragmentación, como puso de manifiesto la evolución de su ala radical en los años setenta. Esta capacidad de autocrítica tampoco escapó a los redactores del *Boletín* que aprovecharon las acusaciones vertidas para reavivar las obsesiones sobre las que se había configurado el discurso vencedor tras la Guerra Civil.

La editorial Ruedo Ibérico sobrevivió en el tiempo al *Boletín de Orientación Bibliográfica* e incluso al propio ministerio de Información y Turismo. Había superado las circunstancias intrínsecas a su existencia: la censura, la clandestinidad, la penuria. Pero no consiguió adaptarse a la atmósfera de libertad con la que se quiso contentar a la sociedad española para dar el gran paso de la transición. Pese a los límites de su empresa, hoy resulta irreproachable el tesón con el que quiso apostar por la libertad informativa y crear una tribuna de expresión ofreciendo instrumentos de análisis no al servicio de un pensamiento único, sino de la reflexión política. |



01 Viñeta de Manuel Millares para 'Horizonte Español' en 1966

02 Dibujo de Posada para 'Cuadernos de Ruedo Ibérico' 17

03 Ilustración de Eduardo Arroyo para Ruedo Ibérico

04 Caricatura de Lima de Freitas en 'España Hoy'